

Extraña... extraña visión.

DE pronto el ascensor se detuvo y yo empecé a preguntarme lo que significaba aquella prolongada inmovilidad y si acaso iríamos a quedarnos suspendidos así mucho tiempo entre la superficie del agua y el fondo marino.

Sólo entonces acudió a mi inquieto espíritu la hipótesis de un accidente de mecánica, y la importancia de tal hipótesis hizo que el corazón me diera un salto bajo mi doble piel: la mía y la de caucho...

¿Qué sería de nosotros si el aparato no pudiera ponerse de nuevo en marcha?... ¿No estaríamos condenados a morir en aquella caja después de haber agotado el aire de nuestros depósitos?

¿Qué pensaban de esto mis compañeros? Yo trataba de adivinar en ellos la misma angustia; pero nunca les había visto tan impasibles, o en todo caso tan inmóviles.

Apoyados en sus bastones de hierro semeja-

ban estatuas. Parecían esperar. ¿El qué? Evidentemente que el ascensor volviera a ponerse en marcha. Pero desgraciados, *¿y si por casualidad el ascensor no volviera a ponerse en marcha?...* ¿Habéis pensado en eso? ¿Eh? ¡Hatajo de brutos!... ¡Hatajo de brutos inmóviles!...

Yo tenía la injuria en los labios porque estaba furioso, no sólo contra ellos, sino contra mí mismo, que me había dejado arrastrar a una empresa tan loca... y me irritaba en general contra la humanidad entera, que no sabe lo que imaginar para aumentar los peligros de vivir...

Pero ¿qué es lo que oigo?... Cierta silbido... Ya no es el agua que entra: ¡es el aire que vuelvel...

¡Así, pues, ya hemos llegado!

Y ¿qué es lo que veo allá arriba en la obscura noche? ¡La lunar!

No es ya su claridad difusa, sino su disco preciso en forma de queso... Y yo me echo a reír... ¡Estoy contento!...

Poco a poco el agua va saliendo de nuestra caja muy dulcemente, y de pronto sacamos la cabeza del agua, luego el busto, y por último les llega el turno a las piernas...

¡Con qué alegría (me imagino yo) se desatornillan mutuamente mis compañeros sus cabezas de cobre!...

Yo no me muevo... Espero... ¡Ah! ¡Ah! No me había engañado. El buzo que me ha puesto su bastón en el pie izquierdo, como si no se diera cuenta, es el *midship*.

Me guiña el ojo y se rasca la punta de la nariz de una manera graciosísima. ¡Hace falta tener

buen humor para hacer el sallimbanqui en semejante momento y con tamaña responsabilidad!

Pero las puertas del ascensor se han abierto a una pequeña sala vaciada en la roca y amueblada del modo más somero con cofres y taburetes.

Mis compañeros sólo tienen que dar tres o cuatro pasos para hallarse en los taburetes y allí acaban de desprenderse del equipo submarino.

¡Ah! ¡Qué pronto queda hecho!.. El *midship*, que me ha conducido él mismo a un taburete, les ha dado algunas órdenes que yo no he comprendido, quedándonos solos nosotros dos en aquel reducto de trogloditas. Después de haberse liberado él, me quita a mí la esfera y me despoja de mi piel de caucho y mis botas con una rapidez sumamente amable y con alegría...

¡Ah! ¡Es un hombre este *midship*!

Cuando pienso en todas las vacilaciones del doctor me considero muy feliz, a la verdad, de que la segunda parte del programa haya sido confiada al *midship*.

Este me dice:

—No hay tiempo que perder... ¿Comprende usted? Cuanto antes estemos en Vigo mejor será para usted y también para mí...

—¿Es que viene usted a Vigo conmigo?..

—¡A fe que sí!.. Se trata de beber un *cocktail* en un sitio que no sea el bar del submarino... ¡Oh, no crea usted que me quejo! ¡No me quejo, no!.. Yo creo que allí la vida es bella... y que al

comandante del *Vengador* le sobra razón para hacer farsas a los boches. (¡Farsas! ¡Llamaba farsas a aquello!) Por mi parte yo tengo la particularidad de que, marino de nacimiento, pero no pudiendo soportar la superficie del mar a causa del balanceo, puedo prestar servicio por debajo del agua... ¡Es magnífico!.. ¡Es magnífico!.. De todos modos, ahí dentro son demasiado tristes, demasiado sentimentales... ¡Es una tripulación de cuáqueros!.. El capitán toca en el órgano aires de iglesia y sale lloroso de su pequeña capilla bajo su negro antifaz... Los únicos verdaderamente alegres de toda la tripulación son el padre Lafuile y el Chino... Pero dígame usted, ¿es que esos son una sociedad para mí?... En cuanto me han contado sus imaginaciones de suplidos, se acabó... La primera vez tiene gracia... Pero luego se harta uno... Así que, querido amigo, le invito a tomar un divino *cocktail*, pero un divinísimo *cocktail*, en el bar de Santiago de Compostela, en la esquina de la calle Real y la de Santa María, junto a la iglesia, a dos pasos de la plaza de la Constitución... Allí hay un bendito bar propiedad de un bendito Jim, ex campeón de la marina inglesa, el cual le demostrará a usted que tiene algunas cualidades fuera del *ring*, y que sus puños boxean admirablemente detrás del mostrador con los cubiletes de estaño. ¿Estamos? Pero no se lo dirá usted a nadie... El capitán lo sentiría...

Al decir esto, me ponía en pie como si yo fuera un muñeco articulado, me plantaba la boina y añadía:

—Inútil es volver a hablar de nuestro asunto. Estamos absolutamente de acuerdo de antemano. Sepa que yo cuento con usted para que no se desmenuce de pronto a esa pobre señora... No. Trafándose de una mujer no estaría bien... Yo no estoy por eso. Los otros, al fin y al cabo, son combatientes que han tenido mala suerte, eso es todo. Y también han hecho lo suyo. Pero esa pobre señora... No. No... ¡*Arréglese para que el marido no se deje pillar!* Así nos evitaremos historias... Tanto más cuanto que en el *Vengador* todos están furiosos contra ella. Ya se lo ha dicho el doctor. ¡*Benditos Angeles de las Aguas!*... Se ha de hablar mucho de ellos cuando se termine la guerra... ¡Ah! Voy a darle el santo y seña. Esta noche es *Jerusalén y la Ciudad Celeste*... ¡Son unos cuáqueros, lo que le digot... No se olvide del *cocktail*...

El *midship* me condujo fuera de la caverna por una estrecha escalera tallada en la tierra, hasta llegar a un ángulo del farallón que era barrido por una brisa marina, bajo cuya caricia estuve a punto de desmayarme de felicidad.

Pero ¿no era aquél el momento de dominar los nervios? Yo me rehice contra las emociones tanto físicas como morales, e hice que se me indicara el camino, de modo que no pudiera extraviarme.

—Querido señor Herbert, no se extraviará usted si se mete usted por ese barranco y no sale de él hasta llegar al fin... Ya ve usted lo sencillo que es... Marchando a buen paso atravesará usted la isla en una hora; después ya sabrá usted lo que hay que hacer.

—Sí, sí. La pequeña cabaña...

—Eso es. La pequeña cabaña del barquero... el pescador de algas, ¿sabe usted?... No hay error posible; es la única morada de la rada, y además, siempre hay por detrás montones enormes de algas... cosa excelente para los pulmones débiles... Nosotros las llevamos siempre a bordo del *Vengador*... Es lo que nos proporciona ese ambiente de aire marino, aun después de inmersiones de tres días...

—¿Y debo esperarle allí para partir, señor?

—Evidentemente... Sólo disponemos de la barca del pescador para ir a Vigo a escondidas... y yo estoy cada vez más dispuesto en una noche como ésta a ser de la partida... ¿Se ha olvidado usted ya del *cocktail*?...

—Bien, señor, le esperaré... Pero no se retrase mucho...

—No, no. Se lo prometo—repuso—... ¡Oh! En cinco minutos veré lo que resulta; luego mando un radio al capitán Hÿx y le alcanzo a usted... Jim es el que va a pasmarse al verme...

—Entonces, hasta luego... donde el barquero...

—Adiós... ¡Ah! Una palabra aún... El doctor ya ha debido prevenirle... ¿Eh?... Nada de indiscreciones... Atraviése la isla con anteojeras...

—A ciegas...

—*All right! Va bene!*—me dijo el alegre *midship*, y nos fuimos apresuradamente cada cual por su lado.

Pero en cuanto yo dejé de oír el ruido de sus pasos me detuve, y antes de meterme en el fondo de aquel barranco que me había indicado, caí

de rodillas para dar las gracias a la Providencia.

¡Ay! Desde que ya no sentía pesar sobre mí el peso formidable de mi prisión acuática ardía en deseos de realizar ese gesto; pero ¿no es cierto que siempre nos causa una vergüenza secreta el manifestar ante un tercero los movimientos más hermosos de nuestra alma?... ¿Orgullo, debilidad, modestia, humildad, necio respeto humano?

¡En fin, Dios mío, gracias te sean dadas! ¡Y también a ti, naturaleza encantadora! ¡Yo junto las manos ante tu esplendor nocturno! No se veía allí, no obstante, bajo mis rodillas, más que algunas rocas abrasadas por el viento del mar, y en el horizonte algo de espuma levantada por el soplo de Neptuno y sobre mi cabeza la mirada postrera de Diana y Venus, que palidecían al aproximarse la aurora... Pero nunca se me había aparecido tan hermosa la tierra como desde que me había librado de la opresión de un elemento enemigo, y no me bastaba con todo mi corazón cristiano, ni con todos mis recuerdos paganos, ni con el pensamiento de todos los dioses del mundo para celebrar esta misa íntima, en la que mi alma abrazaba *la superficie de la tierra...*

Cuando me levanté temí haberme retrasado, y sin fomarme el cuidado de enjugarme mis lágrimas de agradecimiento, me precipité en el fondo del barranco... Este formaba un camino bastante estrecho, en el que difícilmente hubieran podido cruzarse dos carros en sentido contrario y cuyas abruptas paredes me limitaban

inmediatamente la vista a derecha e izquierda.

He de confesar que no me disgustaba, en modo alguno, esta disposición de los lugares, puesto que se me había recomendado *que no viera nada*. Así no tendría que hacer ningún esfuerzo para cumplir mi promesa, y tan sólo deseaba que mi camino siguiera siendo igualmente profundo hasta el fin... Por lo demás, estaba admirablemente conservado; la calzada estaba pavimentada con una grava uniforme, y pronto descubrí los dos menudos rieles de un ferrocarril de vía estrecha.

A lo primero no me crucé con nadie. No tuve que contestar a ninguna voz. En el fondo de aquel túnel reinaba una profunda obscuridad. Pero por encima de mi cabeza pasaban fulgores extraños, y fugaces llamaradas abrasaban la parte de la noche que yo podía percibir, es decir, la larga franja que se extendía entre las dos líneas paralelas de los altos taludes rocosos que se alzaban a ambos lados de mi camino como dos pantallas impenetrables.

Unas veces las llamaradas eran verdes; otras, azules, y parecían lanzadas hacia la bóveda celeste por las abiertas fauces de un prodigioso crisol.

Yo apresuré más el paso; parecíame haber penetrado en el camino prohibido de un infierno misterioso y no me atrevía a alzar la cabeza hacia aquellos fulgores aéreos... acordándome de las palabras del doctor y del *midship*: "Haga todo lo posible por no ver nada; atraviese la isla con anteojeras."

... ¿Y oír? ¿Tenía derecho a oír? ¿Qué eran aquellos sordos estruendos que estremecían la tierra? En algunos sifios me sobresalté como si hubiera sido alcanzado yo mismo de rechazo por algún choque...

¿En qué obra se trabajaba, pues, en las islas Cíes (*insulae Siccæ*)? ¿Tendría derecho a preguntarlo?...

De súbito se produjo un estrépito subterráneo que me hizo echar a correr con el propósito ridículo, pero instintivo, de ponerme en salvo. Así deberían correr los desgraciados sorprendidos por la cólera de la tierra en las calles de Mesina, durante un terremoto...

Pronto fué que detenerme... sin aliento... Me pasé las manos febriles por la sudorosa frente. ¿No debería haber llegado ya? A mí me parecía que llevaba ya una hora corriendo así como un loco. Consulté mi reloj. ¡Habían transcurrido diez minutos! Mi oído fué sorprendido aún por una explosión a la que sucedió inmediatamente un absoluto silencio. La tierra ya no retumbó más. Tampoco se vieron más resplandores, ni rojos, ni rosados, ni azules, ni verdes. Ya no hubo más que la aurora, que seguía disipando la noche, y a mí me pareció que con la aurora toda la isla accedía al fin a descansar de su trabajo nocturno.

Yo reanudé mi camino, más tranquilo, y creía que ya no tendría que temer ningún incidente, cuando fué que pegarme, o mejor dicho, precipitarme contra la rocosa pared para no ser aplastado por un minúsculo tren eléctrico lan-

zado como una flecha por la vía estrecha y que pasó ante mis narices sin ruido, como la sombra de un tren, como el fantasma de un tren.

¿Cómo no habría sido aplastado? Todavía me lo estoy preguntando.

¿Es que no había nadie en aquella máquina para ver a un viajero en la vía y avisarle con un silbido? Yo no había visto a nadie... En primer lugar, no me había dado tiempo... y además, quizás no fuera nadie allí dentro. Los trenes fantasmas pueden pasarse muy bien sin maquinistas.

Pero ¿por qué acude a mi pluma la palabra fantasma?... ¡Oh, Dios mío! Simplemente porque con la extraña aurora, que confundía de modo singular las cosas de la noche y el día, pude creer que había penetrado de súbito en el reino misterioso e indefinido en que se mueven los fantasmas...

Y así vi (¿cómo no poder verlos?), vi de pronto ¡soldados!... Pues bien, os] juro que creí ver *fantasmas lentos de soldados*. En el fondo de aquel camino obscuro tenían el uniforme gris que les prestaba la gris aurora...

Y tenían gestos de soldados; pero *lentos, lentos, lentos*. ¡Qué lentos! Sobre todo, los artilleros... ¡Ah! ¡Allí presencié el desfile más extraño de mi vida!...

Ciertamente, sin ser artillero ni aun conocedor de ese arte, yo no confundiría la artillería ligera con la artillería pesada, y si hubiera visto ante mí artillería pesada no me hubiera extrañado de su lentitud. Pero ante mí tenía una artillería *ligera y lenta*. Tenía, pues, derecho a estar algo

asombrado. Bien sé que no tenía derecho a ver... Pero desde este punto de vista (aquí está bien decirlo) la conciencia no me hacía ningún reproche. Yo no había hecho absolutamente nada por presenciar semejante desfile. Había sido él, el desfile, quien había venido a atravesarse en mi camino. No tiene nada de extraordinario explicar cómo habían pasado las cosas... Yo había llegado a una parte del barranco en que éste se ensanchaba mucho, mientras que las paredes casi desaparecían, y entonces me di cuenta que me encontraba en una encrucijada. Mi camino era atravesado por otro, y por éste es por donde pasaba el desfile de los artilleros lentos de los cañones ligeros.

¡Oh! ¡Qué maniobra tan singular y silenciosa, pues no se oía ninguna orden!... De vez en cuando un jefe hacía una seña por encima de su cabeza... *con lo que parecía ordenar a los artilleros que fueran más despacio todavía...*

Y todos aquellos artilleros se deslizaban de rodillas o avanzaban sobre el vientre, con una lentitud de larvas, empujando o arrastrando sus cañones ligeros...

Cuando por casualidad algún artillero se ponía en pie y avanzaba andando, lo hacía descomponiendo el movimiento, o mejor dicho, con precauciones de artrítico que padece de las articulaciones.

En fin, ¿qué podría decirlos? En el curso de esta terrible aventura yo he visto muchas cosas extrañas; pero ninguna me ha parecido tan extraordinaria ni me ha herido tanto el espíritu

como esta maniobra *de la artillería lenta*, deslizándose en silencio con sus cañones ligeros a la claridad fantasmal de una aurora en las islas Cies (*insulae Siccæ*).

Sin embargo, lo que acababa de ver quizás fuera poca cosa junto a lo que pronto iba a oír.

Yo no tuve paciencia para esperar a que acabaran de pasar los artilleros. Unos movimientos tan lentos podían durar semanas, y ya se acercaba el día, y quizás el alegre *midship* me estaría esperando ya en la pequeña rada desierta, en el fondo de la cabaña del barquero.

Los artilleros lentos no prestaban ninguna atención a mi presencia. Evidentemente me habían visto, pues yo no había cometido la necesidad de hacer ningún movimiento de retroceso, que inmediatamente hubiera despertado sospechas. Mi uniforme del *Vengador* debía darme derecho a hallarme allí. En fin, ellos estaban demasiado ocupados con el cuidado de avanzar lentamente, lo más lentamente posible — pensé yo —, para que tuvieran tiempo en interesarse por mis actos y mis gestos.

Aproveché el momento en que entre dos baterías quedaba un espacio libre y pude pasar muy tranquilamente, os lo aseguro, sin correr el riesgo de ser aplastado.

¿No habéis visto alguna vez en el campo, en medio de un camino, toda una teoría de orugas que marchan pegadas unas a otras, deslizándose con un movimiento imperceptible, uniforme, regular? ¡Yo acababa de atravesar uno de esos trenes de orugas, de artilleros-orugas!

¡Yo había reanudado mi carrera! ... ¡Y corría!.. ¡Corría sin volver la cabeza! ¡Ah, no!... Ya era bastante haberlos visto una vez sin quererlo.. Un cerebro algo menos sólido que el mío y algo menos preparado, por todo lo que había percibido a bordo del *Vengador*, hubiera quedado trastornado en un rincón para toda la vida...

XXXII

En donde oigo hablar por primera vez de la Batalla Invisible y de lo que en ella aconteció.

PUDE advertir (mientras corría) que las paredes del camino se elevaban, se elevaban enormemente y de un modo en absoluto amenazador, aplastante... Las paredes se convertían en montañas a mi derecha y a mi izquierda... Ya no me encontraba en un camino hundido, sino en un verdadero desfiladero... y hube de resoplar algo, pues el camino ascendía. Mas de súbito volvió a descender, vino un recodo y yo me hallé ante la grandiosa dulzura del mar matinal y lechoso.

Apresuré el paso, pues en lo alto de una roca descubría la pequeña cabaña del pescador, rodeada de montones de algas...

Otro recodo y me encontraría al fondo de la rada. ¡Y me encontré! Pero ¡cuál no sería mi asombro al descubrir a una gran muchedumbre en aquella playa rocosa que se me había descrito como absolutamente desierta!...